

Diógenes

Noticiario

CUANDO MI TIERRA FUÉ MOZA.

Iris, fina y chispeante escritora de esta tierra, ha creado entre nosotros un género muy interesante que fluctúa entre la novela, la crónica de ambiente social y las memorias. Pero estas memorias que escribe Iris tal vez no reflejan exactamente una verdad, o por mejor decir no se ajustan fielmente a los modelos que le sirvieron para lanzarlos a sus páginas, porque la autora intencionadamente los desfigura un poco. No lo hace por falta de capacidad artística, ni de sensibilidad, sino porque Iris es una escritora de un temperamento especialísimo. Hay en ella una marcada tendencia a la sátira, un incorregible deseo de mirar a este bicho que es el hombre, por su aspecto más grotesco. De este modo, Iris, en dos líneas, incisivas, penetrantes en su intención, mordaces a veces, nos hace la caricatura de la gente que pasó frente a sus pupilas un poco escépticas para mirar la vida y los acontecimientos que la agitan.

Iris ha conocido a medio mundo, en la alta sociedad de nuestro país y durante un largo espacio de tiempo. Ministros, diplomáticos, parlamentarios, Presidentes de la República—gran amiga y admiradora de Alessandri—hombres y mujeres de mundo, tanto aquí como en sus viajes al extranjero le han permitido hacer comparaciones y aquilatar en su fuero íntimo a éstos y aquéllos, que pocas veces quedan bien parados, ante su mordiente ironía para pintarlos en diversas actitudes. En este Mun-

do en Despedida, Iris no se deja influir por el sentimentalismo. Su pluma cáustica traza perfiles que seguramente no dejarán contentos a los que se reconozcan en ellos. La autora en su manera de mirar las cosas, no repara en vallas y a veces llega al sarcasmo, cuando alguna de esas personas que se cruzaron por su vida le dejaron esa especie de resabio que se siente ante la estupidez.

No podríamos decir con seguridad si el ambiente que Iris pinta en sus libros corresponde a la realidad, porque ese ambiente es poco acogedor para aquellos que no pertenecen a esa categoría social, que la autora describe. El chileno de la clase alta, de la aristocracia de los pergaminos, es el ser más egoísta y más vanidoso que hayamos conocido en parte alguna. Se olvida que sus pergaminos proceden de la grasa, de los cueros, del charqui y de las vacas que los encomenderos exportaban al Perú. Con el producto de estos artículos se compraban títulos de Castilla y se ponían en la puerta de calle escudos blasonados. Iris tiene razón cuando se burla de esa gente de pobre mentalidad que finca todas sus cualidades humanas en sus apellidos y en sus antepasados. Y es también comprensiva y justa, cuando dibuja con rasgos acentuados de emoción la figura de alguna gran mujer chilena que pasa por esos salones mundanos donde abunda tanta falsa sonrisa. Así también es aguda y certera para darnos la idea de algunos de los hombres que en una frase nos hacen pensar que tuvieron condiciones para figurar en el gran mundo o en la alta política. Porque a veces suele ocurrir que cuando conocemos de cerca a esos hombres públicos que tuvieron ingerencia en los asuntos más importantes de la nación, nos damos cuenta de que ningún dicho es más cierto que aquel de que «suerte te dé Dios, hijo, que el talento de nada te sirve». Y parece, a juzgar por los libros de Iris, de que en Chile ha predominado la suerte entre estos «jovencitos bien», cuyos nombres lleva y trae el cable y que después son Ministros y Emba-

jadores, o tienen gran figuración pública, sin más antecedentes que haber sido hijos de su papá.

Creemos sinceramente que Iris, en nuestra literatura, muestra una fase muy interesante de la vida social chilena, a través de un temperamento originalísimo.

NO SIRVE LA LUNA BLANCA.

En esta época moderna ha nacido un tipo de literatura novelesca totalmente intelectualizado, que no se preocupa de quienes van a leer, sino sencillamente de darle gusto a la manera de ser del autor, o a un afán que a ratos se nos figura que no es sincero, cuando se abusa de la retórica y las frases van y vienen como los coches en un corso, con gran alarde de flores y de serpentinas.

Hemos leído esforzadamente este libro de la señora o señorita Luz de Viana y, en realidad, nos deja el desencanto de esas escenas teatrales en las cuales se hizo un gran despliegue de decorados, de luces y trajes vistosos, que no corresponden a la acción de los artistas, o a lo que estos artistas dijeron delante del público. Porque Luz de Viana nos hace pensar en un comienzo que su libro será todo un hallazgo, una fiesta para el que tiene la suerte de tenerlo entre las manos. Pero la autora es demasiado hábil para escribir, y bastante inexperta para infundirle a su relato el interés que todo novelista debe anhelar como medio de acercarse y, si es posible, identificarse con el lector.

Es posible que estemos equivocados con respecto a la manera de realizar sus creaciones artísticas, que hay en Luz de Viana. Pero a nuestro juicio el cuento a la nouvelle requieren otro ritmo, para que no nos deje la impresión de un prólogo que de pronto se termina antes de que comience el asunto.

Es verdad que la literatura se escribe para todos los gustos. Yo nunca le creo mucho, sin embargo, a los que gozan le-